

LAS TAREAS DEL RECONOCIMIENTO

A Marcela Ramírez

En esta ocasión nos reunimos para acoger los trabajos del grupo Diverser, dirigido por Zayda Sierra, y cuya obra gira en torno al multiculturalismo, el cognitivismo cultural y los trabajos de género. En otras ocasiones han aparecido en nuestra publicación los trabajos del Grupo de Didáctica y Nuevas Tecnologías, dirigido por el profesor Octavio Henao; tres ediciones fueron dedicadas al Grupo de Educación en Ciencias Experimentales y Matemáticas - GECEM, y otras han recogido los aportes y reflexiones de otros agrupamientos que en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia trabajan sobre la enseñanza de la geografía y otros temas relacionados con las ciencias humanas.

De Diverser quiero, primero, destacar algunas filiaciones con las tradiciones pedagógicas que tuvieron y tienen vigencia en la Facultad, y, segundo, hacer unas breves alusiones al significado pasional y ético de su obra.

A la Facultad de Educación, la transición de la pedagogía católica a los paradigmas de la tecnología educativa —inspirados en el conductismo— la sumergió en las ciencias de la educación de orientación norteamericana. Sus exponentes en la Facultad centraron los trabajos formativos en el aprendizaje y buscaron sistematizar, desde modelos estadísticos, la relación de ella con la sociedad. Luego, dentro de estos complejos *procesos de apropiación*, descolló una figura: la del profesor Egidio Lopera, cuya potencia sobrevive a las crisis de los paradigmas conductistas. Gracias a su trabajo investigativo y docente, la Facultad pasó al otro lado del río o, en otras palabras, a las ciencias cognitivas, siendo uno de sus expositores más brillantes en la actualidad. Traigo a colación al profesor Lopera porque resulta imposible hablar de Zayda Sierra y el trabajo de su grupo sin hacer referencia a su maestro, quien posibilitó el tránsito, que hace la profesora con su grupo, de las ciencias cognitivas a la articulación entre el cognitivismo y la cultura. Del grupo Diverser debo destacar sus contribuciones, en las que estamos comprometidos todos los habitantes de las instituciones formadoras de maestros: buscar una libertad que nos permita funcionar como *campo conceptual de la pedagogía* (CCP); encontrar una atmósfera para que puedan tener vida nuestras insustituibles experiencias, y aprisionar en el concepto, en el relato o en la imagen esa fugitiva tensión entre lo que estamos viviendo y lo que hacemos. La enseñanza que nos deja Diverser es la de la consecuencia entre el vivir y el hacer: una lección ética, en un momento donde la dispersión de intelectuales e investigadores dificulta los acercamientos al

pueblo (en su más amplia diversidad) en sus sufrimientos y alegrías. Esta agrupación experimenta desde hace algún tiempo con algunos conceptos, relatos e instituciones y con determinados influjos; pero lo cierto es que asume la tarea de expresar la realidad con toda la pasión posible. Y creo que de esto se trata, y que ésta es la única libertad que debemos buscar dentro del CCP para nuestro trabajo.

Con la curiosidad que existe entre los pedagogos colombianos de mi generación, que nos somete siempre a un trabajo difícil, pero cada vez más fructífero y valioso, leo, oigo y veo en la obra de Zayda Sierra. Es la misma con la que asistí a la representación de sus sorprendentes obras de teatro y, luego, sus penetrantes análisis acerca del concepto *juego dramático*, expuesto en su tesis de doctorado. Allí aparece una infancia alada y liberada del peso que los manuales pusieron sobre sus cerebros y sus cuerpos. He de confesar que el libro *Voces indígenas universitarias. Expectativas, vivencias y sueños* (elaborado por el grupo Diverser) me conmueve, porque en él nuestra aventura pedagógica empieza a hacerse más verdadera y porque es la narración de una experiencia en la que se nos cuentan las cosas con honradez y asombro, y donde el elemento alucinante, como una ola translúcida, llega a nosotros sin intención alguna de engañarnos. Encuentro en esta publicación seres humanos, vida, hechos sufridos, tiempo recobrado y enérgicamente pesado en las palabras. Y todo, digno de una reflexión pedagógica, todo amargo material humano tratado con eficaz desvelo y claridad. Nada menos podíamos pedir de este trabajo, el cual nos obliga a enfrentarnos a la realidad absurda y brutal que le toca a vivir a un buen número de nuestros conciudadanos, al mismo tiempo que nos la muestra fielmente en su desgarradora riqueza.

Sólo resta mencionar un reto, que resulta terrible cuando un grupo o un conjunto de agrupamientos investigativos o intelectuales llegan a colmar sus aspiraciones: ¿podrán dar cuenta de todo aquello que es diferente de ellos mismos, en otras palabras, de lo otro? Llega un punto de la vida en que no es suficiente admirarnos de nuestras realizaciones como colectivos, sino que es necesario volcar esa admiración hacia los otros. Esa es la lección que me deja esta *Revista* después de diez años: aprendizaje del alcance de la obra de Octavio Henao, incansable trabajador de la relación entre didáctica y tecnología, que le deja como herencia al magisterio colombiano un *campo aplicado* virtual para sustituir la autarquía reinante en las aulas tradicionales; los trabajos del Grupo de Educación en Ciencias Experimentales y Matemáticas - GECEM-, cuyo trabajo pone en duda la afirmación cientificista de que las ciencias se pueden exponer desde sí mismas, y todos los otros trabajos de los grupos ya expuestos anteriormente.

Este aprendizaje se puede resumir en la enseñanza que se desprende de la lección inaugural que Carlos Eduardo Vasco dio en la Universidad del Valle en 1997, con motivo del inicio del doctorado institucional, y de la cual deduzco que sin la participación y reconocimiento de todos es imposible la construcción de un CCP: *Reconocimiento* quiere decir tomarnos mutuamente como objetos de investigación, a partir de las condiciones internas que cada uno plantea en sus visiones de la escuela, del método, del maestro, la formación, la enseñanza y la educación. Intentemos apurar más de cerca el sentido de esta palabra o, incluso, desentrañar las características de cualquier situación que se deja traducir por la palabra *reconocimiento*. Se trata evidentemente de un conocer al otro a través de sí mismo, no de nosotros. Sin esa reflexividad, el CCP quedará sometido a los albuces de unos investigadores que no cesan de mirarse el ombligo y no será otra cosa que la torre de Babel "del narcisismo de las pequeñas diferencias" —para usar una afortunada expresión de Freud—, bajo el imperio de las discusiones gramaticales y filológicas.

No podemos olvidar que, a diferencia de las culturas Europea y Norteamericana, donde todo está acabado, el papel central lo desempeña la demolición y la crítica en el mundo hispano-parlante, donde la tarea central es la construcción de una nueva cultura, un nuevo Estado, una nueva escuela, un nuevo maestro y una nueva pedagogía: el papel central lo juega el instinto de construcción.

Y tampoco podemos olvidar que sólo puede crear tradición quien se reconoce en ella. En nuestra cultura existe la creencia de que cuando alguien gana todos pierden, y estamos lejos de comprender que cuando uno gana, también todos ganan. Son las lecciones que a novicios y consagrados nos toca aprender. Por eso, espero que, en el futuro, los trabajos que se presenten en esta publicación sean intergrupales y los seminarios de las instituciones formadores de docentes sean interdisciplinarios y transdisciplinarios. Esta tarea de reconocimiento que nos corresponde a todos debe desarrollarse en el menor espacio y con la máxima diversidad.

Jesús Alberto Echeverri
Director